



Un libro es para algunos, en un mundo inclinado a racionalizar todas las cosas, una máquina, una estructura, un armazón que puede desmontarse en sus partes. Sin embargo, un libro también es la sombra de algo inconsciente que quiere aparecer, y ningún lector está en capacidad de controlarlo todo en la revelación.

Un libro (lástima que la palabra espíritu haya pasado de moda, era tan versátil) es también la manifestación de un tiempo determinado con sus anhelos, pánicos, secretos, neurosis y desórdenes. Y más vale aceptar con humildad el presentimiento opaco de que nos pertenece sólo a medias. Un libro, aunque sea el más malo, siempre se resiste a en-

Bernhard o el despojamiento

Eduardo Escobar

tregarse por completo, como los sueños, aunque sean los más simples. Leer es una manera de ensñar.

Muchas veces accedemos al libro por circunstancias misteriosas, de esas que van tejiendo la tela de la vida hasta formar eso que llamamos un destino. Algunos llaman serendipia a ese acontecimiento feliz que nos sorprende al final de un proceso incierto. Así creyeron que sucedía todo los fieles de la doctrina del arte por el arte que reemplazó los desórdenes de la locura romántica. Alguien dijo que todo es símbolo para el alma trashumante. Y yo le creo.

Un libro nos permite una aproximación a lo sumo. Un acercamiento relativo. Todos guardan siempre un pliegue por desdoblarse, que resiste. Hablan con una intensidad distinta, con otra voz, a cada edad, según la temperatura del alma y el color de la hora, y a veces suscitan memorias que les son ajenas en apariencia.

Muchos entran en la órbita del lector por una fatalidad, inevitablemente, y pasan a formar parte de la experiencia de su vida. Pero es preciso leer montones de cosas deleznable que a lo sumo ayudan a corromper el tesoro del tiempo antes de encontrar los libros fraternales que se nos adhieren para siempre y pasan a formar parte del bagaje que nos llevamos a la eternidad. Esas secreciones de unos desconocidos, lejanos, y admirables, en las antípodas a veces, o muertos a veces, acaban por formar parte de la sustancia de nuestra conciencia del mundo y del ser. El privilegio del lenguaje nos acerca a esos seres enigmáticos que llamamos los escritores, que se em-

plearon a fondo en garrapatear, como ciertos insectos, y acaban integrados a nuestra familia por una misteriosa sinergia.

A veces los libros llegan como el regalo de un amigo, que en consecuencia permanece asociado a un título, a la ilustración de una tapa. Muchas veces fui llamado desde el anaquel de una librería por un tomo susurrante, pidiéndome que lo comprara, necesitado de mis atenciones, o interesado en completarme. E incluso, otras veces, en una biblioteca ajena un puñado de hojas me puso en la amargura moral de decidir entre la fidelidad del huésped o el deber de complacer su deseo de cambiar de lugar y de hogar. Cada libro de mi biblioteca me trae el recuerdo del primer encuentro. Los anteojos caídos sobre la nariz del librero que me lo recomendó mejorando mi dieta. Sé donde vivía durante mi primera lectura de *Malone muere*, de Samuel Becket, mientras devoraba su cuento tóxico. El tomito negro, de apariencia fúnebre, tenía caracteres azules para el título y había sido editado por una casa argentina.

Conocí a Thomas Bernhard cuando un camarada se apareció en mi casa con *La Calera* como regalo de cumpleaños. Jamás había oído mencionar a Bernhard. Y mi amigo, uno que a veces elige los vinos por el color de la botella, tampoco sabía quién era o de qué se trataba *La Calera*. Compré *La Calera*, tan sólo porque el título coincidía con el nombre del lugar de mi residencia en ese páramo en las goteras de Bogotá. Y después de echarle un vistazo de cortesía al pequeño volumen gris lo puse entre las novelas de mi biblioteca. Y allí lo olvidé por completo. Muy ocupado en

relatar la historia de Querubín Santamaría, un muchacho que inventé una vez a partir de mis infantiles pretensiones de santidad, cuyas desgracias fueron la inteligencia, la salud y la belleza, en un pueblo andino de seres deformes, donde siempre está lloviendo un cielo virulento. La Calera a pesar de mi desdén comenzó a influenciarme de un modo sutil, secreto.

Trabajé en el mamotreto de Querubín Santamaría con constancia, vigilado por el libro de Bernhardt. La cosa me consumió dos años. Y aquí está junto a mí. En la editorial Planeta me lo devolvieron sin comentarios. Y mis colegas del oficio, este oficio en el que hay que exprimirse el cerebro, según el poeta norteamericano, fueron incapaces de leerlo completo. Alvaro Mutis me dijo que no podía entregarlo a la gente —así me dijo— entregarlo a la gente, sin cocinarlo otra vez. Jotamario Arbeláez me pidió un poco de clemencia en nombre de los lectores: “deberías concederles siquiera un punto aparte para que puedan respirar, para ir a orinar si necesitan”. *Ejemplos de Anamorfosis*, así nombré el engendro, así quiso nombrarse con el único nombre que le cuadraba, consta de un solo párrafo de cuatrocientas páginas apretadas, sin un punto aparte de resuello, escrito en frases cortas, escuetas, perentorias. Ahí está, entre dos cartulinas anilladas. Intenté encontrarle otra forma para facilitar las cosas a los amigos. Intenté escandirlo, bajar un tono el estilo acezante y monocromo que lo desgracia, por complacerlos. Quise reescribirlo en períodos separados. Pero es imposible alterar la arquitectura de *Ejemplos de Anamorfosis*, so pena de

traicionar la historia de Querubín Santamaría y de su hermano Anselmo, el bibliotecario de la aldea horrible, que era feo como un diablo jorobado, y cojitranco, y llevaba unas orejas enormes que le daban el aspecto de un comentario ambulante entre paréntesis.

Cinco años después, un librero bogotano de mi confianza me recomendó *Trastorno*. ¿Trastorno? *Trastorno*, de Thomas Bernhard. ¿No has leído a Bernhard? Y me llevé *Trastorno*, un tomo en edición económica entre tapas ocres y amarillas adornadas con un detalle de *El triunfo de la muerte*, de Brueghel el viejo. Allí, en 222 páginas, Bernhard narra una catástrofe, un derrumbe de invierno en un paraje oscuro, bien recuerdo, y el personaje principal, dice la nota del impresor, oscila entre la sabiduría y la demencia. Lo consumí de una sentada, hechizado por el modo de decir las cosas de Bernhard más que por la historia que cuenta. *Trastorno* es la metáfora de la incomunicación entre los hombres, de la imposibilidad del entendimiento entre las personas, y está escrito como siempre ambicioné escribir desde la adolescencia cuando leí a Samuel Becket, y de un modo que me recordó mis olvidados *Ejemplos de Anamorfosis*.

Aquí tengo la tentación de decir que Bernhard me recuerda a Becket, un autor que me fascinó a los veinte años, cuyas obras consumí con la gula de los carroñeros. Pero sería injusto con los dos. Los protagonistas de los libros de Becket son personajes extremos, cojos, enfermos, a veces meros troncos agonizantes sin brazos ni piernas tirados en un rincón en cualquier parte, mientras los de Bernhard, (excepción hecha de

Los comebarato), aunque igual de opresivos, desgraciados y solos, son personas comunes y corrientes, cuya única rareza es su acercamiento al mundo, su manera de contemplarlo con ojos desencantados, vitriólicos. Bernhard es un asceta. En la percepción del Mal de Becket hay aún demasiada sensualidad. Los protagonistas de Becket son demasiado románticos, sentimentales y poéticos, y patéticos en su condición desastrada, nos conmueven. Los de Bernhard en cambio son individuos aterrorizados por dentro, paralizados, y uno los sigue en sus avatares, resignado. Inhiben todo juicio y toda emoción. Llevan un infierno de fuego lento consigo, mientras permanecen sentados durante doscientas páginas en el banco de un museo mirando un Tiziano; mientras explican la construcción de un cono que están construyendo para una hermana pero que jamás acaban de construir; mientras cuentan la historia de la infelicidad de un amigo de la juventud, que además era un pianista genial, o un caso de suicidio en la casa de un taxidermista que taxidermiza sin cesar, cada noche, en el encierro de un laboratorio. A Bernhard le gustan los suicidas. Aunque jamás se decidió por esa situación extrema. En los escritos autobiográficos de infancia, confiesa que tomó temprano la decisión de vivir: de vivir, a pesar de todo.

Cuando cerré *Trastorno* me acordé de *La Calera*, el libro de cumpleaños que envejecía en el estante de las novelas en mi biblioteca. La leí de un tirón. Los lectores responsables, sea dicho de paso, son dados a subrayar. Y yo también. Steiner, en un ensayo incluido en *Pasión intacta*, honra la tradición de los

escolistas que se prolonga en aquellos que somos incapaces de leer un libro sin un lápiz en la mano, a fin de ir marcando el camino de la lectura con señales, añadiendo comentarios al texto, remembranzas eruditas que remiten a otro libro o exclamaciones de admiración o de repudio.

Ni en Tala, algunos la consideran una obra maestra de la literatura universal, ni en *Corrección*, ni en *Maestros Antiguos*, ni en *Trastorno*, ni en *El malogrado*, ni en *El sobrino de Wittgenstein*, uno consigue cazar un período, una palabra exótica, una frase que merezca ser destacada por su belleza o como una muestra de las habilidades de un prosista. Bernhard, exento de vanidad literaria, se niega a deslumbrar, se arriesga a aumentar la opacidad del mundo con la opacidad del fraseo, en una soberbia represión de los sentimientos, por simple modestia o convicción. Sólo a punta del ritmo monocromo, machacante, que se niega a avanzar, que cuando lo hace es para volver al punto de partida, Bernhard cumple con su cometido de observador incompaciente de la realidad. Ni siquiera se indigna ni protesta ni lamenta la crueldad de la existencia, ni imagina un mundo mejor que los espinosos que fragua en prosa áspera. Se limita a mirar. Becket es un banquete de peras podridas. Bernhard nos obliga a masticar una sustancia incalificable parecida a la arena.

Desde entonces busco todo lo que se puede encontrar de Bernhard en las librerías. Por tentación narcisista, tal vez. Porque las cosas que Bernhard escribe se parecen mucho a las cosas que yo hubiera querido escribir, y que aún intento escribir,

y que ya jamás podré escribir porque no tiene gracia escribir para parecerse a Bernhard, para emular a Bernhard. Porque todos sus libros, como mi inédito *Ejemplos de Anamorfosis*, están compuestos por un sólo párrafo monolítico que apenas deja transcurrir el anecdotario, que sólo ahonda, profundiza, analiza con el rencor del desengaño un pequeño fragmento de vida en la vida de un personaje sin importancia colectiva. De donde deduzco —tengo derecho a deducir— que los libros aún cerrados, ignorados, inertes, en la masa de libros en fila en la pared, ejercen una taimada influencia sobre nosotros, nos contaminan, nos contagian sus vicios. La lectura de Bernhard, me reconfirmó que mi novela es como debe ser. Y que lo demás es la incompreensión de mis amigos y de los lectores de oficio de las editoriales.

La lectura de Thomas Bernhard causa un malestar bien definido más allá del que suscitan las perversiones de su sintaxis plana. Bernhard, dijo un crítico, es lo nuevo. Pero es más que un autor experimental. Es el inventor de una forma de narrar, y de mirar lo narrado, irrepetible. Después de tanta bazofia rosa como se usa, de tanta trampa retórica puesta para atrapar lectores pasivos en las vitrinas de las librerías, de tanta pompa estéticoliteraria destinada a halagar a la clientela con mieles emocionales que suelen pasar por la poesía, Bernhard rehúsa hacer concesiones a la lengua ni hacer trampa con los hechos, respeta al lector evitando complacerlo con productos de repostería o el morbo de una historia truculenta o estrujando sus emociones con adjetivos inesperados, escogidos. Toda

la historia en cada libro de Bernhard es dicha en una sola y sencilla oración en la primera página. Y lo demás es insistir, horadar en la simplicidad de lo ocurrido con un martillo amargo.

La nueva literatura, sobre todo la norteamericana —Philip Roth, por ejemplo— apela a los recursos de la cinematografía, de un cierto realismo extremo que la acerca al guión cinematográfico, y nos proporciona el placer de los vyeristas. El lector a veces tiene la sensación de estar invitado a espiar por el ojo de la cerradura la vida ramplona de los hogares norteamericanos de clase media, mientras se sientan, se pelean, comen, beben cervezas, se aman o creen que se aman. El papel de Bernhard se parece más al del radiólogo que penetra en los entresijos, bajo la piel, y la musculatura de unos personajes casi inmóviles o que dan vueltas en torno de sí mismos o por paisajes y escenarios estáticos

que se repiten y repiten con una sórdida insistencia, por medio de pequeñas cláusulas que lo emparentan con el minimalismo musical o el puntillismo de los pintores.

Bernhard es además un escritor extraordinario, igual que Becket, en el circo de las vanidades de los escritores internacionales. Bernhard se negó siempre a dejarse manosear, nunca asistió a congresos de escritores ni concedió reportajes, no se dejó calcular el mercado, como se dice, de los entrevistadores de oficio. “Entre los que asisten a centenares a congresos del PEN Club, no me encontrarán nunca. Me importa un pepino que esa gente se emborrache o se forre de comer en Moscú, Nueva York, Filipinas o Nicaragua. Son todas personas horribles que no saben qué hacer consigo mismas”. Dijo.

Becket huyó cuando supo que había ganado el Premio Nobel y dejó encargados a sus editores del tropel social. Bernhard se



le parece en la discreción. En el pudor. Excepcionalmente concedió entrevistas, inflexible ante los acosos de los medios, y al final de su vida se apartó por completo de los ambientes literarios y de la llamada vida mundana, cuyo vacío reflejó en *Tala*. Provocador, se le acusa de incoherencia por haber aceptado algunos premios literarios importantes, los cuales agradeció además, muchas veces, con discursos ríspidos donde fustigó a los pobres jurados que se vieron obligados a abandonar el salón. Pero nunca fue, a pesar de los premios, un escritor popular. Las tiradas de sus obras fueron modestas, jamás pasaron los 15.000 ejemplares, lo cual es muy poco en un país de lectores.

Entre 1981 y 1988, Bernhard accedió a mantener una serie de conversaciones con Kart Hofmann de la Radiodifusión austriaca, parte de las cuales fueron emitidas por radio y divulgadas en forma de libro. En la primera charla, Bernhard intenta explicar su reticencia a explicarse. “No se puede contar todo, dice, una vida no se puede desplegar por completo”. “Se puede sacudir como una alfombra sucia, pero nadie se alegra si lo hacen en su cara”. Y más adelante agrega:

Quando se está mucho tiempo solo, y uno se ha acostumbrado a estar solo, y se ha adiestrado para estar solo, se descubren cada día más cosas por todas partes donde para los demás no hay nada. [...] cuando el hablar se quiere convertir en conversación, suena horrible. No, no puedo explicar mi vida ahora, ni lo que soy. No se puede. Necesitaría tres mil páginas y probablemente olvidaría las cosas importantes.

En las charlas con Hofmann, Bernhard dejó expresado su desdén por la cultura alemana, por todo lo que se hizo en Austria o en Alemania en el siglo XX, incluidos los trabajos del burgués de Thomas Mann y el doctor Freud. Y desdeñaba también de los periódicos, de los que, sin embargo, no podía prescindir, aun cuando acabara por hacerlo con sus libros.

El dramaturgo, guionista y autor de novelas Bernhard, al contrario de Becket, no recibió el premio Nobel, que se piensa que mereció. Al igual que a muchos grandes escritores del siglo XX, le fue negado. Fue postulado dos veces, pero en sus charlas con Hofmann afirma que no lo hubiera aceptado. “Porque un premio sólo sirve cuando uno es joven y no tiene dinero, o cuando uno es viejo y no tiene dinero”.

La excelencia y originalidad de su obra, el despojo extremo de su prosa, sin un adjetivo extraordinario, sin una sola frase que valga la pena destacar, sin una sola belleza florida que disculpe o lo consuele por la cruel naturalidad con que transcurren las cosas del mundo ante él, para él, hacen de este escritor, nacido en Holanda, criado en Austria y considerado uno de los mayores hacedores de la literatura alemana, a su pesar, un acontecimiento espeso de una aterradora intensidad. Bernhard escarba en los pequeños actos que hacen la vida de la gente, en los gestos, con la insidia de un maniático, de un enfermo del alma, que sin embargo ama vivir.

Relatos autobiográficos, sus recuerdos de la infancia en los tiempos de la guerra en una nación aterrada molida por los bombardeos de los aliados, resu-

men todas las cualidades del estilo de Bernhard, la palabra estilo le cuadra porque parece escribir con una púa. Sin embargo, es el único de sus libros, entre los que conozco, pues fue un autor prolífico, donde Bernhard baja la guardia del asco, y reconoce algunos amores. Destacan: su abuelo materno —que lo llevó a escribir— y algunas tiernas instancias como su primer paseo en bicicleta. Incluso el relato de su experiencia sombría de los hospitales —nunca gozó de buena salud— deja entrever el odio que le inspiraron Salzburgo y sus gentes, así como sus instituciones educativas, (“la educación no es más que una forma de destruir niños”), y lo natural que le parece que la gente se muera, sin estar exento de cordialidad y de ternura. Mientras alguien espera el turno para ocupar tu última cama, para convertirla en su última cama, mientras alguien espera que te mueras porque necesita tu lugar para morir, lo único que puedes hacer es seguir vivo. Insistir.

La honestidad de Bernhard es siniestra. La austeridad, el despojamiento; el despojamiento contrario al esponjamiento de la literatura de uso, lleva la prosa a un ascetismo radical, obedeciendo a la vocación de disolución del arte moderno, incluida la prosa moderna. Bernhard es más que simple literatura. No es diversión. Es una experiencia del lenguaje. Y una, quizás necesaria, y muy necesaria, reeducación sentimental en la lucidez. ■

Eduardo Escobar (Colombia)

Poeta, periodista y ensayista. Escribe columnas de opinión para el periódico *El Tiempo* y *El Espectador* y las revistas *Soho*, *Cambio*, *Revista Universidad de Antioquia*, entre otras.